

La fobia al Estado como remedio espiritual. Incisiones foucaultianas sobre el neoliberalismo

Pablo Martín Méndez*
pablomartinmendez@hotmail.com

Resumen

La obra de Michel Foucault contiene un sinnúmero de pasajes sumamente incisivos y polémicos; algunos de ellos resultan bastante conocidos, mientras que otros han sido a pesar de todo poco frecuentados. Se trata principalmente de las investigaciones sobre “la fobia al Estado”; o como diría Foucault, se trata de buscar la “procedencia” de un concepto, e incluso de un modo de juzgar al mundo, que resuena muchas veces en ciertas posturas críticas y hasta contestatarias. Habría sin embargo una cuestión inquietante, y es que la procedencia de aquella fobia conduce justamente hacia el discurso neoliberal de mediados del siglo XX. En efecto, de allí provienen las actitudes y las posturas que presentan al Estado como un monstruo omnipotente y aglutinador, un monstruo cuya fuerza avasalladora cubriría gradualmente la totalidad de la sociedad civil. Pero también de allí, del discurso neoliberal, proviene la necesidad de desplegar una política gubernamental completamente específica: esa política deberá garantizar la competencia de mercado; o más precisamente, deberá generar las condiciones sociales y espirituales que requeriría la competencia misma. Pues bien, el siguiente artículo sostendrá que la fobia al Estado encaja perfectamente en tales condiciones, tan perfectamente que de hecho tiende a ser incitada por las políticas gubernamentales del neoliberalismo.

Palabras clave: procedencia – continuidad – colectivismo – enfermedades del espíritu – competencia de mercado.

Abstract

The work of Michel Foucault contains a myriad of extremely incisive and polemic passages; some of them are fairly well known, while others have been, in spite of everything, little frequented. It is a question

* Licenciado y Profesor en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente becario de la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires y doctorando en Filosofía por la Universidad Nacional de Lanús. Título del Proyecto de Investigación: *Foucault. Un pensamiento situado en el umbral de las sociedades disciplinarias*. Dirección electrónica: pablomartinmendez@hotmail.com. Parte del siguiente artículo fue presentada en las *VII Jornadas de Sociología de la UNLP. “Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales”*, La Plata, Departamento de Sociología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP; y publicada posteriormente en las Actas de dichas Jornadas.

principally of the investigations on “the phobia to the State”; or as Foucault would say, it is a question of looking for the “descent” of a concept, and even a way to judge the world, which resounds often in certain critical and rebellious positions. There would be nevertheless a troubling issue, and is that the descent of this phobia, leads toward the neoliberal discourse of mid-twentieth century. In fact, there are the attitudes and positions that presented to the State as a monster omnipotent, a monster whose force gradually overwhelming would cover the whole of civil society. But also there, from the neoliberal discourse, comes the need to deploy a government policy completely specific: this policy should ensure the competition in the market; or more precisely, it must generate the social and spiritual conditions that the competition requires. Well, the next article will hold that the phobia to the State fits perfectly in such conditions, so well that in fact tends to be goaded by governmental policies of neoliberalism.

Key words: descent – continuity – collectivism – diseases of the spirit – market competition

Introducción

Buscar la “procedencia” de una idea, de un determinado concepto, o simplemente de un modo concreto de juzgar al mundo. Buscar los oscuros comienzos de aquello que deviene tan claro y evidente, tan diseminado y aceptado, como para revelarse ahora sin ningún comienzo. Bien resulta cierto que todo esto requiere de mucho método y esfuerzo, y que sólo una meticulosidad extenuante y un compromiso inquebrantable evitan la tentación de conceder palabras finales y sentidos absolutos a ciertas cuestiones por demás esquivas. La celebrada obra de Michel Foucault así lo demuestra. Allí no hay, ni puede haber, trazos que se cierren completamente o líneas de investigación que conduzcan hacia conclusiones tranquilizadoras y definitivas. Y a pesar de que los hechos conocidos y los relatos frecuentes sostengan lo contrario, allí no hay siquiera interrupciones bruscas. Que la obra de Foucault nos siga interpelando desde cerca o desde lejos, que los innumerables problemas dejados a mitad de camino devengan en problemas cada vez más trabajados, más finamente reconstruidos o más intensamente discutidos, es algo que aquí no merecerá de una mayor consideración. Nosotros mismos señalamos con insistencia la importancia de esa obra al momento de abordar las diferentes modalidades de ejercicio y de funcionamiento del poder, las modalidades que jamás se agotan en los caracteres de la disciplina o de la biopolítica –puesto que Foucault, según nos parece, también habla de otra cosa.

Pero más allá de toda celebración y reconocimiento, todavía falta precisar hasta qué punto llega la consabida interpelación: ¿acaso los aportes dejados por Foucault emergen únicamente como instrumentos cuya correcta utilización permite convertirnos en observadores críticos de la realidad?, ¿o acaso tienen una potencialidad adicional, una potencialidad que afecta y trastoca nuestra propia subjetivi-

dad? Más tarde o más temprano, la obra de Foucault llama a la inquietud, y no a la inquietud difusa y generalizada, sino a aquella que nos ataca en ciertos lugares perfectamente localizados. Digámoslo en pocas palabras: la búsqueda de la procedencia no sólo fragmenta lo que se percibe unido y conforme a sí mismo, no sólo expone la heterogeneidad que recorre y amenaza al sujeto; además de eso —o mejor, como parte de eso— advierte la manera en que el sujeto crítico y reprobador puede ser partícipe de lo criticado y reprobado. Las investigaciones sobre el neoliberalismo y, más específicamente, los pasajes donde Foucault afronta la denominada “fobia al Estado” se presentan sin duda como una de las múltiples facetas que hacen a la advertencia. Nuevamente hemos de continuar la búsqueda que Foucault iniciara en su momento, a esta vez no nos preocupará tanto la crítica directa como la necesidad de considerar la emergencia de los discursos ordo y neoliberales, los discursos que de un modo u otro tenderían a propagar e implantar la fobia al Estado. La gran mayoría de tales discursos cayeron en la parte más grisácea del acontecer histórico,¹ mientras que la continua demonización de los restantes logró esconder la serie de matices y especificidades que el neoliberalismo arrastra detrás de sí. En efecto, quien indague los tratados ordo y neoliberales con la suficiente atención encontrará que la supuesta proclamación de una simple ideología pierde lugar ante el riguroso establecimiento de los parámetros para la construcción de una manera sumamente específica de gobernar y dirigir conductas. De seguir adelante, encontrará también algo de seguro más inquietante, a saber: el hecho de que el neoliberalismo incita nuestras mentes y conmueve nuestros corazones, y que el sujeto dotado de pretensiones críticas se descubre muchas veces justamente allí donde no pretendía estar.

I.

La presente indagación partirá entonces desde los pasajes menos apreciados, aunque posiblemente más incisivos y polémicos, de la obra de Foucault; y ello porque los mismos no sólo se dirigen contra cierto pensamiento que ya desde muy temprano parecía destinado a rodar como una suerte moneda corriente y desgastada, sino también porque en el límite involucran a todo un conjunto de axiomas virtualmente contestatarios. La lectura y relectura de aquellos pasajes resulta efectivamente incisiva, pues nos dice sin tapujos que el constante cuestionamiento al dinamismo intrínseco del Estado, el dinamismo que cubriría implacablemente la totalidad de la sociedad civil, no se interesa en buscar la procedencia de sus supuestos y todavía menos en criticarlos: “[...] esta crítica del dinamismo del Estado [...] no efectúa, a mi entender, su propia crítica ni su propio análisis. [...] no busca saber de dónde viene realmente esa especie de sospecha antiestatal, esa fobia al Estado que circula hoy en tantas formas diversas de nuestro pensamiento.”² Nosotros repararíamos también en la posibilidad de que ambas cosas se promue-

¹ Sobre todo en lo que respecta a los discursos formulados por el ordoliberalismo alemán. Cfr. Castro-Gómez, S., *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, 2010, p. 178.

² Cfr. Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*, Buenos Aires, FCE, p. 221.

van mutuamente, es decir, en la posibilidad de que la averiguación sobre la procedencia de la sospecha incluya además las condiciones para la crítica de los supuestos. Tal sería nuestro principio provisorio de trabajo: remitirse hasta los borrosos inicios del discurso sobre el dinamismo intrínseco del Estado y desde allí realizar la crítica implícita de sus eventuales alcances y repercusiones. Pero convendría tomar primero algunas precauciones de procedimiento: ante todo, no deberíamos concentrarnos en las linealidades prefijadas, sino más bien en las grietas y en las rupturas inesperadas, las rupturas a partir de las cuales emerge un discurso específico; seguidamente, tampoco deberíamos preocuparnos en despejar una verdad oculta o negada como en transitar los callejones grises y pedregosos que recorre toda manera concreta de dirigirse hacia el mundo. En otros términos, se trataría de apegarnos a la indispensable cautela señalada por Foucault: “[...] localizar la singularidad de los acontecimientos, fuera de toda finalidad monótona; atisbarlos donde menos se los espera [...]; captar su retorno, no para trazar la curva lenta de una evolución, sino para reconocer las diferentes escenas en las que han representado distintos papeles.”³ Y bien, ocurre que el develamiento y la seguida denuncia del dinamismo intrínseco y a primera vista irrefrenable de los mecanismos estatales, o si se prefiere los cuestionamientos cuya plataforma de despegue es siempre el acto de concebir al Estado como un monstruo omnipotente y aglutinador, aparecen perfectamente localizados en los tratados que los economistas y sociólogos ordo y neoliberales redactan durante las décadas de 1930 y 1940. He aquí el aporte de Foucault, y también nuestro punto de partida. Además de advertir la falta de continuidad entre el neoliberalismo y liberalismo, además de observar que el primero emerge de la crisis del segundo, tenemos que abordar las críticas ordo y neoliberales a los sistemas económicos de mediados del siglo XX y precisar en ellas un conjunto de rupturas sumamente delicadas. Puede que dichas rupturas resulten conocidas y que su desenlace parezca en principio previsible, pero lo cierto es que las mismas se transforman y reconfiguran, lo cierto es que retornan y que se llaman unas a otras hasta alcanzar los modos en que actualmente juzgamos el mundo.

II.

Señálese pues lo que se sabe de antemano: que los economistas neoliberales postulan al intervencionismo estatal como aquello que siempre atenta contra la libertad y la transparencia del mercado; y enúnciese también las deducciones más inmediatas y más comunes sobre el caso: que detrás de la defensa a ultranza del libre mercado siempre anidan intereses minoritarios y poco transparentes, intereses para los cuales dicha libertad implica la garantía y la permanencia del propio beneficio. De modo tal que a los adalides del neoliberalismo no les quedarían más que dos opciones: o bien esconder sus verdaderas intenciones, o bien mentirse a sí mismos. Sea como fuere, habría que preguntarse hacia qué lugar conduce semejante discusión, habría que preguntarse incluso si estos juegos de lo verdadero y de lo falso implican un cuestionamiento práctico y efectivo del pensamiento neoliberal. Después de todo, son los neoliberales quienes nos dicen mejor que nadie y por

³ Foucault, M., *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Valencia, Pre-textos, 2004, p. 12.

anticipado que sus verdades y evidencias no se podrían negar sin evadirse y sin mentirse a sí mismo. Nosotros preferiríamos ahorrarnos entonces la suposición de que existe una verdad ubicada más allá del discurso neoliberal, una verdad que los promotores de ese discurso conocerían y que a pesar de todo eludirían por mera conveniencia. No se trata de mantenernos impávidos e indiferentes ante el progreso del neoliberalismo, tampoco se trata de abandonar las convicciones y las creencias propias para analizar objetivamente las cosas; antes bien, la cuestión consistiría en indagar nuestras convicciones y creencias a partir de las ideas neoliberales – o, más precisamente, a partir de las críticas al Estado y las intervenciones estatales.

Quizá la gran astucia del discurso neoliberal surgido en las décadas de 1930 y 1940 no haya sido otra que lograr la soldadura y el ensamble entre toca una serie de tendencias políticas y económicas anteriormente separadas; quizá la utilización de cierto hilo delgado pero resistente le haya permitido unir y entretrejer fenómenos tales como el intervencionismo de estilo keynesiano, el socialismo democrático y el totalitarismo de la Alemania nazi. Por lo demás, bastaría retomar los análisis y diagnósticos del ordoliberalismo y observar allí las innumerables caras de una continuidad pacientemente construida. Así por ejemplo, Wilhelm Röpke sostiene que las intervenciones estatales nunca deberían considerarse como acciones meramente aisladas, pues cada una de ellas genera desajustes y defectos que requieren de nuevas y variadas intervenciones, hasta el punto mismo en que la política económica se acerca al extremo de la planificación total.⁴ Así también, Walter Eucken menciona que la planificación económica de carácter centralista implica el predominio de los aparatos administrativos, mientras que los aparatos administrativos tienden a su vez al establecimiento de la planificación central, de modo que ambos elementos siempre se presentarán juntos.⁵ En un sentido similar, y expresando las posiciones más críticas del neoliberalismo austríaco, Friedrich Hayek señalará que la planificación conduce inevitablemente hacia la dictadura, “[...] porque la dictadura es el más eficaz instrumento de coerción y de inculcación de ideas, y, como tal, indispensable para hacer posible una planificación central en gran escala.”⁶ Vemos entonces que el ordo y neoliberalismo postulan a los regímenes centralistas y dictatoriales como el “peligro latente” de toda intervención estatal, aunque todavía nos falta apreciar el material que permite el ensamblaje entre las situaciones concretas y las situaciones potenciales. Röpke definirá a ese material con el término de “colectivismo”, y entenderá al mismo de acuerdo a un doble significado, esto es, el colectivismo “como movimiento que aspira en primer lugar a una modificación del orden económico, y como movimiento que aspira principalmente a una modificación del sistema de propiedad.”⁷ De igual manera, Hayek agregará que las diversas clases de colectivismo, las clases dentro de las cuales quedan incluidos el fascismo y el comunismo, se encuentran recorridas por la aspiración de

⁴ Cfr. Röpke, W., *La crisis social de nuestro tiempo*, Madrid, Revista de Occidente, pp. 204-206.

⁵ Cfr. Eucken, W., “Las fuerzas influyentes: el Estado”. En *Una mirada a la teoría, a los modelos económicos y a la economía social del mercado. Reflexiones teóricas para Bolivia*, La Paz, Konrad Adenauer Stiftung, 2011, p. 85.

⁶ Hayek, F., *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza, 2011, p. 130.

⁷ Röpke, W., *La crisis del colectivismo*, Emecé, Buenos Aires, 1949, p. 38.

organizar a la sociedad bajo los imperativos de una finalidad unitaria y por la consecuente negación de toda esfera autónoma e individual.⁸

III.

Ahora bien, la cuestión fundamental reside precisamente en el hecho de que el colectivismo implica la inexorable exacerbación de las atribuciones estatales: “[...]el colectivismo somete la vida económica al comando del Estado y eleva la soberanía de éste a la enésima potencia.”⁹ No en otro lugar, sino en la idea de una economía dirigida y planificada, de una economía que altere la competencia de mercado y corra simultáneamente las bases de la propiedad privada, comenzaría a trazarse el “falso camino” del colectivismo; y no en otro lugar, sino en el colectivismo, los análisis ordo y neoliberales hallarán el nutriente más propicio para el movimiento expansivo y avasallador del Estado, el movimiento cuyo desenlace irremediable es la dictadura o incluso el totalitarismo. En efecto, la política gubernamental podrá transitar el camino colectivista a velocidades diferentes, podrá tomar el ramal del keynesianismo o del socialismo moderado, podrá desplegar un intervencionismo dosificado o estrictamente limitado, y sin embargo estará siguiendo siempre opciones tan desviadas como autoritarias. Röpke lo expresa en pocas palabras: “Quien no quiere una economía de mercado libre, tiene que querer la economía dirigida o economía de mando, pues no hay ninguna tercera posibilidad al momento de regular el mecanismo de una economía moderna.”¹⁰ No hay ninguna tercera posibilidad, lo cual equivale a sostener que más allá de la economía libre y competitiva, más allá de sus principios y de sus evidencias categóricas, todo se vuelve indistinto y ciertamente intercambiable. De ahí que las políticas keynesianas, las recetas socialistas, o cualquier otro tipo de acción gubernamental que procure corregir y regular las oscilaciones económicas interviniendo directamente en los mecanismos y resortes de la competencia, no provoque otra cosa más que una situación “precolectivista”;¹¹ de ahí también que el colectivismo propiamente dicho aparezca como el resultado de una sumatoria de intervenciones estatales desviadas e incorrectas, de intervenciones que en cada paso precipitan aquello que se debería evitar. Tal vez ahora comience a entenderse mejor el alcance del discurso neoliberal, y además su gran astucia, esa astucia que Foucault logró vislumbrar hace tiempo y que consiste en sustituir solapadamente al análisis de la actualidad por una moneda fácilmente intercambiable: “[...]en nombre del dinamismo del Estado, siempre se puede encontrar algo así como el fantasma del Estado paranoico y devorador. [...], poco importa en definitiva qué influjo tiene sobre lo real o qué perfil de actualidad presenta éste. Basta encontrar, a través de la sospecha [...] algo parecido al perfil fantasmático del Estado para que ya no sea necesario analizar la realidad”.¹² Pero como toda moneda echada a rodar por el mundo, la moneda neoliberal tiene dos caras: en una de las mismas se observa el

⁸ Cfr. Hayek, F., *Camino de servidumbre*, op. cit., pp. 111-112.

⁹ Röpke, W., *La crisis del colectivismo*, op. cit., p. 16.

¹⁰ *Ibid.*, p. 27.

¹¹ Cfr. Röpke, W., *La crisis social de nuestro tiempo*, op. cit., p. 24.

¹² Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., pp. 220-221.

perfil desgastado y fantasmático del Estado paranoico y devorador, y se advierte igualmente que dicho perfil aparece rodeado de consignas y leyendas colectivistas, mientras que en la otra no se aprecia ningún perfil definido, sino más bien la escenificación del eterno dilema entre lo verdadero y lo falso. Dado que los detalles de semejante escenificación resultan sumamente interesantes, y dado además que ellos inciden enormemente en las posibilidades de intercambio de la moneda neoliberal, conviene entonces que aquí nos dediquemos a palparlos con la atención y el cuidado que merecen.

IV.

La otra cara de aquella moneda presenta ciertos relieves que Foucault no aborda explícitamente y que aun así quedan enmarcados en sus estudios más generales sobre el gobierno de las conductas; y es que las críticas neoliberales, la críticas que convierten a toda una serie de tendencias políticas y económicas en elementos continuos e intercambiables, remiten hacia algo más que a la suposición de un dinamismo irrefrenable y aglutinador del Estado. Los diagnósticos de Röpke indican en dónde debería buscarse el verdadero problema: “[...]esa forma de dominación tan intranquilizadora y revolucionaria que representa el *Estado colectivista*, ha de considerarse nacida de la crisis de la democracia y, por encima de ésta, también de la crisis general sociológica y espiritual.”¹³ De manera tal que el crecimiento y la expansión del Estado dependerían fundamentalmente de una tendencia sociológica y espiritual, de una tendencia que parecería contagiarse y propagarse sobre todo en tiempos de crisis. A nosotros nos correspondería observar que la tendencia mencionada no sólo se compone de ideas falsas o desviadas, sino también de ideas persistentes e incluso patológicas. Así pues, y al menos en principio, los análisis de Karl Popper sostienen que el fascismo y el comunismo recurren a un conjunto de ideas que brotarían desde las épocas más remotas y que circularían intactas entre las más diversas corrientes de pensamiento. En efecto, a pesar de que pertenezcan a momentos históricos diferentes, a pesar de que adquieran por ejemplo el nombre de platonismo o de marxismo, esas corrientes no dejarían de compartir y de transmitir la idea de que resulta posible, y en el límite necesario, conocer a la sociedad como si fuese un “todo”.¹⁴ Mas la cuestión jamás se detiene ahí, porque la idea de que resulta necesario conocer a la sociedad en su totalidad poseería una suerte de disposición interna que la llevaría a aliarse con posturas políticas también intemporales, posturas según las cuales resulta igualmente posible, y en el límite necesario, intervenir a la sociedad como si fuese un “todo”. Se trata de tendencias que perduran a través de diferentes épocas y corrientes de pensamiento, se trata también de ideas cuya gradual difusión y aceptación implica el alejamiento de la verdad y el consecuente acercamiento al peligroso engaño del colectivismo. Hayek señalará que las sociedades del siglo XX abandonan cada vez más sus ideas fundantes y esenciales: “Estamos abandonando [...] una de las caracterís-

¹³ Röpke, W., *La crisis social de nuestro tiempo*, op. cit.

¹⁴ Cfr. Popper, K., *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza, 2010, pp. 88-89. Para el análisis específico sobre la confluencia entre las ideas platónicas y marxistas, véase especialmente Popper, K., *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Paidós, 2008.

ticas de la civilización occidental tal como se ha desarrollado a partir de sus fundamentos establecidos por el cristianismo y por Grecia y Roma”;¹⁵ mientras que el diagnóstico de Röpke advertirá la propagación de una grave enfermedad espiritual, una enfermedad que invade la mente del hombre apremiado y lo conduce a depositar sus esperanzas en la eventual aplicación de soluciones tan absolutas como radicales.¹⁶

Bien podría argumentarse que la denuncia de ideas falsas y persistentes no introduce nada demasiado nuevo en la historia del pensamiento, bien podría concluirse en el hecho de que cualquier discurso más o menos crítico cree poseer la última palabra sobre las opiniones ajenas, pero debería advertirse también que las cosas toman un cariz distinto cuando el neoliberalismo entiende que las ideas falsas y persistentes aparecen como el fruto y la consecuencia esperable de las enfermedades del espíritu. ¿Y de dónde provendrían esas enfermedades sino del repetido acto de mentirse a sí mismo?, ¿qué otro factor terminaría desequilibrando la mente sino la constante tendencia a evitar lo inevitable? No será entonces casual que Röpke diagnostique el “desgarramiento interno” del socialismo moderno, el desgarramiento que se origina en la conflictiva convivencia de dos almas perfectamente contradictorias: el alma democrática y humanitaria, y el alma antiliberal y autoritaria; y por supuesto: “[...] no se puede tener verdadera confianza en movimiento tan equivoco y tan penosamente desgarrado.”¹⁷ Tampoco será casual que los estudios de Ludwig von Mises indiquen la importancia de comprender que las tendencias antiliberales obedecen en el fondo a la “patológica disposición mental” producida por el resentimiento y por la neurosis: “Nos encontramos, ahora, ante una grave enfermedad nerviosa, una auténtica neurosis, cuyo tratamiento compete más al psiquiatra que al legislador. Constituye, sin embargo, circunstancia que debe tenerse en cuenta al enfrentar los problemas de nuestra actual sociedad.”¹⁸ A diferencia de las personas sanas, el neurótico se volvería incapaz de soportar la vida como en verdad es; a diferencia de aquellos que simplemente siguen adelante, su patológica disposición mental lo empujaría a abrazar los divinos elixires y consuelos que le ofrece el ideario socialista. Mises dirá que no existen suficientes psiquiatras para contrarrestar las tendencias antiliberales, y agregará la consecuente necesidad de que cada individuo procure curarse a sí mismo: “Ha de ser el propio sujeto quien se automedique, llegando a comprender él mismo las razones que le inducen a rehuir la realidad, prefiriendo acogerse a vanas ensoñaciones.”¹⁹ Aunque el discurso ordoliberal parecería llevar el problema todavía más lejos, pues postulará la posibilidad de contrarrestar las tendencias antiliberales mediante la implementación de toda una “terapéutica espiritual”.

¹⁵ Hayek, F., *Camino de servidumbre*, op. cit., p. 55.

¹⁶ Cfr. Röpke, W., *La crisis social de nuestro tiempo*, op. cit. pp. 8-10 y pp. 253-254. “La tendencia hacia la socialización [...], es en la Europa actual algo así como una epidemia, que asoma ora aquí ora allí, para luego, tras la desilusión consiguiente, desvanecerse. [...] Hay no poco aquí que parece indicar que estaríamos frente a la irracionalidad de una epidemia espiritual de que son víctimas las masas”. Röpke, *La crisis del colectivismo*, op. cit. p. 40.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 23-24.

¹⁸ Mises, L., *Liberalismo*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1994, p. 30.

¹⁹ *Ibid.*, p. 31.

V.

Posiblemente esa postulación trace la frontera que no sólo divide al ordoliberalismo y del liberalismo decimonónico, sino también del neoliberalismo austríaco y norteamericano. Foucault sostenía que el discurso ordoliberal contiene una concepción sumamente particular sobre la competencia de mercado: “La competencia, en su juego, sus mecanismos y sus efectos positivos [...], no es [aquí] un fenómeno natural, no es el resultado del juego natural de los apetitos, los instintos, los comportamientos, etc. Es un principio de formalización. Tiene una lógica interna; posee una estructura propia. Sus efectos se producen si únicamente se respeta dicha lógica.”²⁰ De ahí que los principios formales de la competencia definen la serie de condiciones sin las cuales la competencia misma no llegaría a existir como tal; de ahí también que las críticas ordoliberales al dinamismo intrínseco del Estado impliquen mucho más que la simple negación de toda intervención gubernamental. Antes bien, las intervenciones que el discurso cuestiona, y que en última instancia presenta como elementos intercambiables, son aquellas que atentan contra la eventual existencia de la competencia. Según Röpke, el liberalismo soslaya el hecho fundamental de que la competencia depende siempre del encuadre sociológico y moral que garantiza su existencia;²¹ de igual manera, Alfred Müller-Armack señala que el liberalismo reconoce el principio de la competencia y simultáneamente olvida que tal principio sólo funciona como instrumento de organización cuando existe una configuración social clara y definida.²² Pero si se acepta que el funcionamiento efectivo de la competencia requiere de todo un conjunto de condiciones previas, y si se advierte además que las mismas surgen de manera artificial antes que natural, quedaría por preguntarse entonces qué tipo de acción produce las condiciones en cuestión.

Las indagaciones de Foucault indican que el discurso ordoliberal construye los parámetros de una política gubernamental completamente específica, una política que ya no interviene en la esfera propia del mercado, sino más bien en la serie de condiciones que hacen a la competencia de mercado. Nosotros deberíamos advertir también que esa política gubernamental se dirige directamente hacia los espíritus y que escarba en ellos hasta extirpar las ideas y tendencias antiliberales, las ideas que a cada instante impiden el funcionamiento efectivo del principio formal de competencia. Röpke lo dice claramente: “Una reforma social como esta no equivale, hablando en términos médicos, a una terapéutica sintomática y local, sino a una terapéutica constitucional y etiológica; y por atacar la raíz del problema social, a una política verdaderamente radical.”²³ Convendría decir incluso que la política gubernamental del ordoliberalismo permanece ubicada entre dos polos o tendencias: entre la competencia como aquel principio formal que siempre se debe realizar y efectivizar, y entre el Estado colectivista como la idea peligrosa que los espíritus siempre deben evitar. Nótese que el alejamiento de la segunda idea

²⁰ Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., p. 153.

²¹ Cfr. Röpke, W., *La crisis social de nuestro tiempo*, op. cit. pp.65-66.

²² Cfr. Müller-Armack, A., “Economía social de mercado”. En *Una mirada a la teoría, a los modelos económicos y a la economía social del mercado. Reflexiones teóricas para Bolivia*, La Paz, Konrad Adenauer Stiftung, 2011, p. 16.

²³ Röpke, W., *La crisis social de nuestro tiempo*, op. cit. p. 292.

implica el acercamiento a la primera y viceversa; nótese además que la aversión y la fobia al Estado, la fobia que convierte a toda acción política sospechosa en un elemento intercambiable, resulta sumamente funcional a los principios del neoliberalismo, tan funcional que de hecho tiende a ser “incitada” desde las acciones gubernamentales desplegadas por el mismo;²⁴ nótese finalmente que el neoliberalismo propiamente dicho, el neoliberalismo que postula verdades innegables y propone reformas espirituales, no es una sencilla ideología económica que podría aceptarse o rechazarse en su totalidad, sino un modo concreto y diseminado de gobernar y de dirigir nuestras aspiraciones y conductas.

Conclusiones

Así comprenderíamos mejor la apuesta realizada por Foucault al momento de esbozar una teoría sobre el Estado: “[...] hago, quiero y debo hacer la economía de una teoría del Estado de la misma manera en que se puede y se debe hacer la economía de una comida indigesta.”²⁵ Antes que buscar y definir la supuesta esencia del Estado, antes que deducir desde allí su propio horizonte de posibilidades o sus limitaciones inherentes, se trata más bien de pensarlo como el “efecto móvil” de una gubernamentalidad específica. Foucault sostendrá que el Estado no tiene entrañas, que no tiene interior, y no lo tiene porque es el resultado de determinados modos de gobernar a los hombres: “De ahí que esta angustia ante el Estado, esta fobia al Estado, que me parece uno de los rasgos característicos de los planteamientos habituales en nuestra época, deba ser a mi juicio analizada.”²⁶ Pues bien, nosotros creemos que la fobia al Estado ha llegado a funcionar como el remedio espiritual del neoliberalismo, el remedio cuya administración e inoculación variable permite contrarrestar las peligrosas tendencias antiliberales. Y a pesar de que ese remedio se propague en mil maneras diferentes, su alcance siempre producirá efectos similares: garantizar la configuración de un tejido social, o más precisamente de una comunidad de ideas, acorde a la existencia de la competencia de mercado. Pero no hay que apresurarse a denunciar engaños o enmascaramientos ideológicos, dado que de este modo activaríamos las acciones colaterales del remedio; no hay que entrar siquiera en el juego de verdades y evidencias que establece el neoliberalismo, dado que tal cosa bastaría para convertirnos en partícipes de un murmullo interminable. Del juego sólo se sale gradualmente, primero con la inquietud de descubrirse jugando en el mismo, y después con la tranquilidad y con el silencio que requiere la marcha del pensamiento.

²⁴ Cabe mencionar aquí que utilizamos la palabra “incitación” para referirnos a la noción mediante la cual resulta posible dar cuenta de una función pura o no formalizada de poder. Véase al respecto Méndez, P. M., “Henri Bergson, o una filosofía menor sobre el control: principios, procedimientos y convergencias”. En *Horizontes Filosóficos. Revista de Filosofía, Humanidades y Ciencias Sociales*, Universidad Nacional del Comahue, Publicación del Departamento de Filosofía, Facultad de Humanidades, 2012 (en prensa).

²⁵ Foucault, M., “Fobia al Estado”. En *La vida de los hombres infames*, Buenos Aires, Altamira, 2008, p. 207.

²⁶ *Ibid.*, p. 209.

Bibliografía

- Castro-Gómez, S., *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, 2010.
- Eucken, W., “Las fuerzas influyentes: el Estado”. En *Una mirada a la teoría, a los modelos económicos y a la economía social del mercado. Reflexiones teóricas para Bolivia*, La Paz, Konrad Adenauer Stiftung, 2011, pp. 79-90.
- Foucault, M., *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Valencia, Pre-textos, 2004.
- Foucault, M., “Fobia al Estado”. En *La vida de los hombres infames*, Buenos Aires, Altamira, 2008, pp. 207-209.
- Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*, Buenos Aires, FCE, 2008.
- Hayek, F., *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza, 2011.
- Méndez, P. M., “Henri Bergson, o una filosofía menor sobre el control: principios, procedimientos y convergencias”. En *Horizontes Filosóficos. Revista de Filosofía, Humanidades y Ciencias Sociales*, Universidad Nacional del Comahue, Publicación del Departamento de Filosofía, Facultad de Humanidades, 2012 (en prensa).
- Mises, L., *Liberalismo*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1994.
- Müller-Armack, A., “Economía social de mercado”. En *Una mirada a la teoría, a los modelos económicos y a la economía social del mercado. Reflexiones teóricas para Bolivia*, La Paz, Konrad Adenauer Stiftung, 2011, pp. 15-19.
- Popper, K., *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Paidós, 2008.
- Popper, K., *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza, 2010.
- Röpke, W., *La crisis del colectivismo*, Buenos Aires, Emecé, 1949.
- Röpke, W., *La crisis social de nuestro tiempo*, Madrid, Revista de Occidente, 1956.